

os, después de absueltos por el Dios que  
 predicó: «Amáos los unos a los otros».  
 al era la crueldad de los jefes cristinos.  
 mandaba quemar toda casa que hubiese  
 o Don Carlos, aunque el propietario de  
 hubiera podido rehusarla por miedo a  
 ilado. Cuando algún desdichado alcalde  
 una orden de requisición de víveres y  
 ía dar cumplimiento a ella, por haberse  
 do los carlistas, se le pasaba por las ar-  
 gual suerte le aguardaba si no informaba  
 l movimiento del ejército carlista; en cam-  
 lo hacía, éste lo fusilaba por espía. En  
 ndiciones la neutralidad era imposible;  
 ue afiliarse a uno de los dos bandos.  
 proclamas de Rodil decían: «Destruid  
 s, las cosechas, y quemad las casas, pues  
 Graciosa Soberana desea que sean ex-  
 las y devastadas las provincias rebeldes».  
 to de *Graciosa* en medio de palabras  
 as de odio, resulta irónico, aunque sus  
 así la consideraran a pesar de inspirar  
 tan crueles.  
 todas las latitudes y en todos los pueblos  
 a civil ha provocado siempre iguales ho-  
 excesos. Cada cual no ve en el adver-  
 o el traidor a la patria, digno de los  
 castigos, y tiene que correr mucha sangre  
 se aplaquen los ánimos y sea posible  
 ciliación nacional.

La guerra carlista estuvo a punto, como hoy,  
 de provocar serias complicaciones internacionales.  
 Austria, Prusia y Rusia, monarquías absolutas  
 entonces, no ccultaban sus simpatías por Don  
 Carlos y le enviaban dinero y voluntarios; por  
 su parte, Francia e Inglaterra estaban a favor  
 de María Cristina, y al lado de los cristinos com-  
 batían una legión francesa y una inglesa. Afor-  
 tunadamente, la tan temida guerra europea no  
 llegó a estallar.

En 1839, desalentados hasta los propios par-  
 tidarios de Don Carlos, por la falta de energía  
 de éste, se retiraron los vascos de la contienda  
 firmando el convenio de Vergara, y en 1840 tu-  
 vo que refugiarse Don Carlos en Francia y fue  
 internado en Bourges. María Cristina había re-  
 sultado victoriosa; pero la ambición desenfrenada  
 de los jefes que la habían hecho triunfar, sobre-  
 todo Espartero y Narváez, hizo que varias veces  
 vacilara su trono y que tuviera que expatriarse  
 dos veces. Por último, abdicó Isabel II.

El destino había querido que España, des-  
 pués de la caída de Napoleón, estuviera al abri-  
 go de toda amenaza exterior; pero por desgracia  
 su síno la ha hecho pasto de guerras intestinas,  
 y es doloroso ver que tanto valor, devoción y  
 sacrificio, características del pueblo español, se  
 hayan empleado en la crueldad y la matanza.